

El sueño de una pasión

Acerca del cuento de Julio Cortázar «El otro cielo»»

Noemí Cohen Levis de Aconcia*

Raquel Zak de Goldstein*

Susana Jallínsky*

*“Cualquier salvación que no provenga de donde tiene
lugar el peligro, sigue siendo desventura”*

“El ser y el tiempo”, M. Heidegger

Resumen

Este trabajo es un intento de comprensión psicoanalítica de una fascinante creación literaria, que pretende transitar por el riesgoso desfiladero del espacio «entre» ambas disciplinas.

Todo el cuento es una indagación de la mediocridad de un cierto modo de vivir, que va transcurriendo entre lo banal y la fugaz intensidad de lo pasional. Es el relato de una vida que, en su persistente e indolente fluir, convoca al protagonista a hacerse cargo de sus pasiones, pulsión para vivir. Todos los encuentros son, desde el comienzo, des—encuentros.

La trama parece estar siempre evocando un tiempo detenido, ya que el personaje vagabundea por un espacio y una temporalidad donde no solo logra sobrevivir, Es una historia simple y sencilla, saldada en la rutina del fracaso, donde se encubren todos los secretos, los fantásticos y los terroríficos, los penosos y los esperanzados.

En «El otro cielo», la inteligibilidad, cual espiral de paradojas, va interiorizando las sucesivas imágenes, a través de anécdotas reiterativas, que conducen a un tiempo

*. Psicoanalista. Miembro titular de APA (Asociación Psicoanalítica Argentina).

*. Psicoanalista. Miembro titular de APA.

*. Psicoanalista. Miembro titular de APA.

singular donde reina la indecisión del re-comienzo. Es el tiempo del psicoanálisis: tiempo en espiral, tiempo en torsión.

El texto es una hoja de ruta que va entreabriendo las puertas del universo cortazariano. La adolescencia, la sexualidad, el fantaseo, las mujeres, la fascinación de la muerte, la dificultad y, a la vez, la imperiosa necesidad de amor y amistad van desfilando entre sus líneas.

La singular textura del tiempo y la memoria va diseñando —en una minuciosa descripción de olores y colores, sonidos y emociones—, una impronta donde la voluptuosidad del amor y el goce de los sentidos irrumpen cada tanto. Pero el personaje-narrador va transitando por los avatares de una conciencia desgarrada y abrumada por la culpa inelaborable, frente a la tentación de lo originario. Y, entonces, sumido en el frío espanto de la demasiado cercana disolución del existir, se «fabrica» un «otro cielo» para escapar de ese terrorífico mundo de incesto, locura y muerte.

Las figuras femeninas parecen sostener la «imprescindible escisión» —para este personaje— entre excitación sexual y ternura. La «insuficiencia paterna» es un personaje en sí, que encarna su rol en lo velado de su negatividad. La función paterna es una entidad esencialmente simbólica, ordenadora de la construcción de la subjetivación.

Summary

This paper is an attempt at the psychoanalytic comprehension of a fascinating literary creation, which tries to go through the gorge of the space “between” both disciplines.

All the story is a search through the mediocrity of a certain way of living, which takes place between banality and the fleeting intensity of passions. It is the story of a life, which in its permanent and indolent flow, summons up the protagonist to be responsible for his passions, his drive to live. Since the very beginning, all the agreements become disagreements.

The plot seems to be continuously evoking a detained time, since the character wanders in a space and temporality where he only manages to survive. It is a plain and simple story, settled in the routine of failure, in which all secrets: whether fantastic or frightful, painful or hopeful become concealed.

In “*The other sky*”, intelligibility, like a spiral of paradoxes, threads its successive images through repetitive anecdotes that lead to a peculiar time, where the indecision of a cyclic beginning reigns. It is the time of psychoanalysis: time in spiral, time in torsion.

The text is a route chart that gradually opens up the doors of Cortazar’s universe. Adolescence, sexuality, fantasy, women, the fascination for death, the difficulty, and at

the same time, the imperious yearning for love and friendship go marching along its lines.

In a meticulous description of odours and colours, sounds and emotions, the peculiar weft of time and memory designs an improptu in which the voluptuosity of love and the joy of the senses break into every now and then. Nevertheless, the narrating-character experiences the vicissitudes of a consciousness torn and overwhelmed by an unelaborate guilt, emerging from the temptation of the archaic. Then, immersed in the cold panic of a “too” close dissolution of existence, he “fabricates” “another sky” to escape from that terrifying world of incest, madness and death.

The feminine figures seem to support the “necessary escision”, —for this character— between sexual excitement and tenderness. “Paternal insufficiency” becomes a character in itself which embodies its role in the void of negativity. The paternal function is an essentially symbolic entity, orderer of subjectivity.

Descriptores: TIEMPO / SEXUALIDAD / ANGUSTIA / MUJER / LO SINIESTRO

Obras tema: El otro cielo. Julio Cortázar

Si en todo cuento se advierte siempre una intencionalidad, en este el intento no es otro que el de desentrañar una vida vivida en una ceguera virtual. Desmentida-escisión, que como termómetro de los estados de ánimo del narrador, hace desfilar todos sus conflictos, en el esfuerzo por detectar los orígenes de la crisis en la que está sumergido.

Es una historia simple y sencilla por la que se entreve la extraordinaria aventura del vivir, en él, saldada en la rutina del fracaso, ya que es siempre en lo cotidiano, donde se encubre lo terrorífico. Donde están las pequeñas miserias humanas. Y, donde se esconden también, todos sus secretos: los fantásticos y los lamentables, los penosos y los esperanzados.

Experiencias que trastornan las formas del tiempo y le obligan a buscar el punto de partida, autorizando la ilusión de aprehender, en el escribir, el término donde se anuncia lo interminable.

El personaje transita su historia-geografía como por un sueño, tratando de develar “algo” a cada paso, en cada situación y en cada acto, para volver, cada vez, a caer en un nuevo comienzo.

Extraño vagabundeo espacio-temporal de alguien que sólo está logrando sobrevivir.

Revelar el rumbo es, para el protagonista, una empresa imposible pero aún así, haber encontrado el rastro no sólo no es poco, sino que es toda una audacia su modo de volver una y otra vez al mismo eje: a la ambigüedad de la condición masculina, en tanto humana.

Toda creación supone un “trabajo” del pensar conciente-preconciente e inconciente, tanto del autor como del lector. Y este cuento es como un abrojo que se prende al corazón y a las vísceras, como su manera de convocar melancolía. Es un rayo que deslumbra como una flecha encendida que parte, velozmente, desde la inteligencia hacia el corazón, pretendiendo atrapar el espacio y el tiempo de una sola vez, en una cohesión donde cada palabra tiene el deber de ser inteligible.

Y, en “*El otro cielo*”, la integibilidad, cual espiral de paradojas, va interiorizando sucesivas imágenes, las que a su vez, se exteriorizan en una sucesión de anécdotas reiterativas, que conducen a un singular tiempo donde reina la indecisión del re-comienzo. Es el tiempo del psicoanálisis: tiempo en espiral, tiempo en torsión.

Prolijidad de una repetición, empobrecedora y cada vez más monótona, que ilustra su necesidad de volver siempre al mismo punto. De pasar por los mismos lugares. De perseverar, creyendo recomenzar lo que nunca comenzó. Aquello que es sin presente. Lo que nunca tuvo lugar y por eso re-comienza, una y otra vez, infinitamente, sin fin y sin comienzo. Y, además, sin futuro.

Este cuento de Cortázar, a pesar de los consabidos tiempos de maduración de su escribir, parece ir haciéndose en un transcurrir, como al descuido. Es un dejarse llevar por el imaginario, que va y viene, en un extravío lejos de lo explícito. Porque la verdadera historia es otra. Es aquel hecho, no registrado por el relato objetivo como acontecimiento.

El relato sugiere una serie de imágenes que, como pequeños prismas, se multiplican en objetos polifacéticos desde donde mirar el adentro y el afuera. Así se van borrando los límites entre lo íntimo y lo común, entre el pasado y el presente, apareciendo como “un poco de tiempo” en estado puro. Un espesor de tiempo al cual, unas capas de tiempos coexistentes en la profundidad del campo, le sirven de soporte y revelación. El inquietante vaivén de sus estados y emociones busca, incesantemente, una nueva dimensión.

Este texto es una hoja de ruta y nos abre las puertas del universo cortazariano, de su propia mano. La adolescencia, la sexualidad, el fantaseo, las mujeres, la fascinación de la muerte, la dificultad y la imperiosa necesidad de amor y la amistad van desfilando

ante nuestra mirada, abriéndose paso entre su abulia y el deslumbramiento por los pequeños y sutiles detalles. Va explorando así, el terreno de los sentimientos en una larga recopilación de variadas sensaciones detalladas, multiplicadas y renovadas. En ellas, las percepciones visuales y auditivas que constituyen la nota dominante de las descripciones de paisajes sensoriales, son redobladas por la misma musicalidad del estilo.

El cuento comienza casi como si fuera un final y esa, es su verdad turbadora. “...digo que me ocurría, aunque una estúpida esperanza quisiera creer que acaso ha de ocurrirme todavía”.

Y entonces, todo está dado por adelantado, desde la aparición anticipada del personaje, cuando dice “...parece un escándalo cuando se tiene una familia y un trabajo... olvidarme de mis ocupaciones (soy corredor de Bolsa)...” hasta su propia imagen eternizada, al decir aludiendo al “otro cielo...” “...mi patria secreta desde siempre...”

El texto bordea, incesantemente, lo misterioso porque su mismo centro es el instante del hundimiento. Todas sus experiencias tienden a abrir, por debajo de su vida, la prueba de la imposibilidad de sostener esa vida. Espacio sin fondo por donde se desliza y podría caer. Dice el protagonista: “...el borde de la caída, la antigua fascinación perdura siempre...”

La singular textura del tiempo y la memoria va diseñando, a través de la minuciosa descripción de olores y colores, sonidos y emociones, la impronta que marca que nada de eso puede terminar del todo, a pesar que ese todo nunca comenzó. La voluptuosidad del amor y el goce de los sentidos irrumpen, cada tanto, como fragmentos de un espejo en el que el personaje intenta ver-se. Y, en verdad, su imagen no está ni en el espejo ni en los reflejos sino en la elección y disposición de esos oscuros y, a veces, filosos fragmentos.

El autor parece estar narrando siempre una escena íntima, en la que la acción transcurre lentamente: hay vacíos, huecos, cosas inexplicables, blancos y situaciones silenciadas. Es, más bien, un relato a descubrir de un hecho íntimo, donde la misma escritura se convierte en un modo de aproximación por el roce cercano a un recuerdo, a un acontecimiento, a un personaje, a una verdad.

La historia se va desgranando en matices de voces: la voz del aburrimiento que busca freno, la del miedo y la de la ceguera, la de la vida incompleta, en fin, la del deseo. Todo sucediendo en el filo de un difícil equilibrio ante algo que lo intriga y atormenta: la ineludible presencia de la sospechosa hendidura de aquello que algunos llaman

destino. Encuentros y desencuentros se suceden y allí se arroja, en la imposible búsqueda de sí mismo, a través de una siempre idéntica serie de interminables fallas.

Pero, también está el coraje para equivocarse y rellenar tal vez, los huecos del olvido.

La paradoja parece consistir en una suprema ilusión que se sostiene después de la destrucción de todas las ilusiones. El alma, despojada de sus sueños y sus duelos, constreñida a abrazar la rugosa realidad y a exprimir el jugo presente y amargo de la vida, encuentra, en ese duro reconocimiento, un cierto paradójico principio de olvido.

El personaje va transcurriendo por los avatares de una conciencia desgarrada y abrumada por aquella culpa inelaborable, frente a la tentación de lo originario. Culpa expresada en el descubrimiento de lo terrible bajo la forma de la ausencia de angustia, en la inevitable insignificancia cotidiana que, en consecuencia, se le impone.

El relato transita un conmovedor caos sensual. Un espacio lleno de fragmentos de ese mundo condenado el cual, en su inexorable perdurar, va borrando, poco a poco tras de sí, el camino “ilusorio” de salvación. pero, al mismo tiempo, una ineludible atracción de remontar lo presente va irrumpiendo.

Porque todo, en el protagonista, parece estar habitado de una otredad, un “otro cielo”. Otredad a la que, huyendo de su insoportable realidad, se lanza o se abandona. En tanto, una ausencia también lo habita: la de su esquiva identidad. Sufrimiento, placer, alegría y desesperanza se esbozan, unificando el ritmo de su vida, hecho de espacios y vacíos imprevistos. Vida que, con ese urgente andar entrecruzado con fugaces relámpagos de vitalidad, le justifica sus tantos momentos de desvitalización.

La trama parece evocar un tiempo detenido. Tiempo de imprecisas impresiones-sensaciones, de las que surgen otras que descubren aquello arcaico en lo que se sostiene su presente solitario y nostálgico. El contorno de aquellos tiempos, desdibujado tras unas realidades apenas discernidas por la memoria, va recorriendo el laberinto de un mágico juego de tensiones, revelado como enigma del acechante y peligroso “regresar”.

Sus sueños sucumben al rigor de los hechos y a la tentación de la letanía. Un lamento sordo, como un hilo aletargante, lo conduce hacia una amnesia protectora. Y siempre, para mantenerse a resguardo del tan anhelado pero terrorífico retorno, se va construyendo un muro de soledades. Muro que, a su pesar, no alcanza a protegerlo del continuo debatirse entre su realidad y el deseo.

Huyendo hacia el no encuentro de sí mismo, intenta lograr la imposible fusión entre lo pasional y la constricción del sentir. Desmesurada consecuencia de su feroz lucha interior. Largo e interminable conflicto entre la conciencia y el alma, entre la vida y la muerte, entre el yo y lo otro, que irrumpe con la fuerza del deseo y de la angustia.

Este camino nos sitúa, a nosotros como lectores, en un cruce efecto de la secreta convulsión que incrusta, en el centro de la experiencia estética, cierta sensación de extrañamiento.

Caótico equilibrio que provoca una terrible sensación de inquietud. Algo de lo erótico y de la fascinación nos promueve perturbación y confusión de emociones.

El poder cautivante de la sexualidad está en el corazón del texto, donde un erotismo que no supone adecuación sexual alguna, genera su inquietante conflicto de identidad y da cuenta del recorrido de la pulsión, donde lo perceptual domina la escena.

El personaje, sumido en el frío espanto de la demasiado cercana disolución del existir, se “fabrica” entonces un “otro espacio-cielo” y, con él, una máscara que le exige un ropaje y un modo de perdurar banalizado. Mundo terrorífico de incesto, locura y muerte donde irrumpe un estilete cruel y ascético que él utiliza para desgarrar, con meticuloso desapasionamiento, cualquier atisbo de vitalidad.

Y entonces, su universo no tiene que ver ni con un cielo ni con el otro sino que transcurre, más precisamente, por el desfiladero que oscila entre ambos. Por el “entre” de lo inconmensurable que se intuye ante el posible más allá de los límites. Camino inabordable porque cuando parece vislumbrar el final de una ruta, ésta vuelve a bifurcarse en antiguos y desconocidos atajos que se convierten, de tiempo en tiempo, nuevamente, en otra encrucijada sin salida.

Pero esto tampoco quiere decir que su vida permanezca intacta ni idéntica, aún convirtiéndose en una búsqueda insegura de sus objetivos. Búsqueda que sólo está segura de su esencial incertidumbre y de la pasión absoluta que ésta, a su vez, siempre exige.

El personaje duda y, además, está “impedido” en su accionar. ¿Qué significa este estar “impedido”? Cierta gradiente de inhibición, que entendemos con Lacan como un síntoma puesto en el museo”. Un resto de lo vivenciado se presenta, aquí, como caduco testimonio de lo que fue. Y así, “*el otro cielo*”, aparece como el condensado de toda la historia psicosexual del protagonista quien, de vez en vez, saca a la luz este “resto” y quizás, obtenga, a lo sumo, una cierta ilusoria sensación de libertad.

Freud afirmaba que la neurosis infantil era inevitable y, en consecuencia, la inhibición es efecto del desarrollo psicosexual infantil, reactivada en la adolescencia y pasible de cristalizarse en la adultez.

La vida es entonces, para el protagonista, una sucesión de rutinas que se aceptan con la naturalidad de lo inevitable, planteándose, solo de tanto en tanto, que ‘algo diferente’ podría sucederle. Es un cruce entre lo arcaico y lo por-venir avanzando

fragmentariamente, a través de fogonazos de la memoria, entre la mera crónica anecdótica y el doble, el “otro”, fantasma de la siniestra y anhelada posibilidad de reproducir, ahí, lo propio.

El otro siempre, una forma de lo extranjero, de lo diverso y, por esto también, de lo siniestro, de lo no asimilable.

Allí donde alguien muere de muerte injusta: “el ajusticiado”, “el sudamericano”, es el mismo narrador que se juega en el muriente como una forma de aproximarse a pensar la muerte. Y, si hay que morir, piensa, hay que ser capaz, entonces, de satisfacerse con la muerte. Ser capaz de encontrar en “la suprema insatisfacción la suprema satisfacción” y de mantener, en el instante del morir, la mirada clara que debería provenir de esa supuesta “máxima satisfacción insatisfactoria”, la única que daría realidad a la ausencia y autentificaría la nada. Dice el narrador: “...*todo el peso del cuerpo de Josiane resbalaba a lo largo del mío como debía estar resbalando otro cuerpo HACIA LA NADA*” y continúa diciendo: “*El otro disolviéndose en LA NADA... eran casi una misma muerte*”.

Vivir en el engaño, en la ilusión engañosa, es no sólo fácil sino incluso casi la condición natural de lo humano. Lo malo es que desengañarse, descubrir que cualquier situación no es lo que se creía que era, conduce a tener que volver a contar con “ese tiempo que no fue” como cada uno se lo hubo de haber contado. Es algo que ha sido vivenciado pero que, sin embargo, está apenas entredicho.

Acceder al “otro lado” es, para el protagonista, ingresar en lo que no tiene límites. Pero, “el otro lado” lo sitúa en un “demasiado cerca” de su disolución. Ese “otro cielo” es siempre “LO OTRO” y al acercarse se convierte, él mismo, en “otro del otro”, presintiendo entonces, que se acerca a lo esencial que busca. Por eso, sujetado por el miedo y la culpa, evita, infructuosa y permanentemente, la seducción inquietante del decisivo instante del desear.

Es siempre en “el otro cielo” donde irrumpe algo del orden del deseo, mientras en “este”, en el que “está estando”, actúa la defensa, diría Freud. Y también decía que la inhibición acciona sobre el aparato locomotor. Pero, nosotros diremos: “¡Sí! Sobre el loco-motor!” Sobre el homicida latente, sobre la pasión y la agresión sin límite que todo

humano lleva consigo. Y, entonces, ¿cómo se transforma este “loco de pasión, de sueños y de excitación” en un “apasionado deseante”? ¿Cómo se moviliza a este muerto en vida” para que abandone su encierro-fortaleza que, él cree, lo protege del desear?

El misterio se insinúa ligado a su realidad psíquica, precisamente, porque es precedido por el placer y el tormento. Como si fueran dos caras: la angelical y la demoníaca-pasional, que lo sojuzgan tiránicamente.

La vida se le torna, entonces, en un algo aparentemente pacífico a pesar de estar dominada por la desesperación de la futilidad.

En este relato, la problemática del deseo se expresa en un cruce obligado de miradas, destacándose el singular despliegue del deseo del personaje en su imposibilidad de subjetivar su propio objeto amoroso, en tanto la mujer idealizada lo decepciona por sus carencias.

Las figuras femeninas parecen sostener la imprescindible escisión entre excitación sexual y ternura, que el personaje—narrador necesitó para sobrevivir.

La mujer es mágica y fascinadora, por tanto, fálica y terrorífica al “instalarse” en aquel lugar materno.

El doble de Irma es Josiane, habitante de la marginalidad. Mujer hechicera, vinculada con el misterio y la muerte es, al mismo tiempo, un objeto menos terrorífico al sentirse, con ella, a salvo de la castración amenazante por la velada, pero eficaz y permanente presencia—en ese “infierno tan temido”, del que nos habló Onetti— del Amo y los clientes.

La “insuficiencia paterna es un personaje en sí que encarna su rol en lo velado por el signo de una aparente negatividad.

Desde esta perspectiva, si sólo le es posible amar a una mujer a través de la idealización, el único modo de sostener el deseo será cambiar de objeto amoroso pero colapsando el espacio del amor. Y entonces, los encuentros eróticos deberán ser fortuitos y breves o rutinarios y cercados por el hastío. Pero, de todos modos, siempre amenazados por la violencia y la muerte.

Todos los encuentros son, desde el comienzo, des-encuentros. Y siempre imponderables. “Culpa” de la vida, del destino...

De este modo, hay —en el narrador protagonista— un miedo de vivir temiendo la muerte..., del deseo. El placer no está en el objeto en sí, sino en el camino que se transita para llegar a él. Buscarlo es su ilusión pero obtenerlo es siempre decepción, a veces, mortífera.

Es el sentimiento de impotencia y su ilusoria rebelión lo que constituye lo esencial de la fuerza de este personaje en su soledad lúcida y desesperada, pero no desesperanzada. Petición de principio de la singular puesta en relieve de “lo humano”, sostenida por el autor. “Eso humano” que se iría construyendo al saturarse las diferentes valencias que dan forma a la estructura triangular.

Así la función paterna, aún estando fuera de la historia, igual se halla, paradójicamente, en el punto de origen y final de esta historia. Un padre “insuficiente” encarnado en el padrastro amenazador. Pero, sobre todo, una función paterna a la que el hijo que “*nacerá en diciembre*” lo arrojará, aunque parezca todavía, “más hijo de Irma y nieto de su madre”.

De hecho nada garantiza nunca, de antemano, que esta encarnadura se corresponda con la sustancia de un padre, investido del legítimo poder de invención estructurante, desde lo inconciente.

En verdad, se trata de una entidad esencialmente simbólica, ordenadora de la función que promueve la subjetivación.

Y, para esto, sólo bastaría con que el protagonista “se atreviera” a posicionarse, él mismo, “en ese diciembre” como el agente regulador de la economía del deseo y de su circulación, entre esta Irma y su futuro bebé.

Porque crear es superar la separación. Es volver a encontrar un “algo” de la unidad original perdida, lo que supone la posible reparabilidad de la pérdida irreparable. Es volver a re-unir los propios fragmentos fracturados por aquella brecha ineludible, para re-tener “algo” de su sustancia vital.

Coraje de crear que, en él, marcaría el comienzo del fin.

Fin del fantasma del “sudamericano” que “...*parece los hubiera matado con su propia muerte*”, sumiéndolo en un estado de no vida.

Toda la ambigüedad del deseo de muerte está contenida en esta frase. El personaje es, a la vez, sujeto y objeto del deseo de matar. Asesino imaginario, no parece quedarle otra posibilidad más que “vivir muerto”, impedido de elegir-se como sujeto o... Es el protagonista —asesino— muerto el que dice: “...*votaré en blanco o...*”

Todo el cuento es indagación de la mediocridad de un cierto vivir, con el toque de tragedia que, inexorablemente, sacude el achatado horizonte de esta historia que transcurre entre lo banal y la intensidad de unos momentos pasionales. La vida no se precipita haciendo espuma sino que se trata, más bien, de un persistente e indolente fluir, del cual se captan esos fugaces momentos, que convocan al protagonista a hacerse cargo de sus pasiones... pulsión para vivir.

Y por esto, por el sólo hecho de estar vivo, es que *“nunca quiso admitir que la guirnalda estuviese definitivamente cerrada”*.